



El libro del miedo

DAVID CIRICI

El libro del miedo

Ilustraciones de Manu Ortega

edebé

© David Cirici, 2021
© Ilustraciones: Manu Ortega, 2021

© Ed. Cast: Edebé, 2021
Paseo de San Juan Bosco, 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Atención al cliente: 902 44 44 41
contacta@edebenet

Directora de Publicaciones: Reina Duarte
Editora de Literatura Infantil: Elena Valencia
Diseño de la colección: Book & Look

1.ª edición, febrero 2021

ISBN: 978-84-683-5046-2
Depósito legal: B. 8413-2020
Impreso en España
Printed in Spain
EGS - Rosario, 2 - Barcelona

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Índice

Capítulo uno	7
Capítulo dos	21
Capítulo tres	33
Capítulo cuatro	49
Capítulo cinco	65
Capítulo seis	83
Capítulo siete	105
Capítulo ocho	123
Capítulo nueve	135
Capítulo diez	145
Capítulo once	161

Capítulo uno

Martín no era un niño miedoso. A veces tenía miedo, como todo el mundo, pero no se asustaba si veía una araña en su habitación ni si, yendo por el monte, se encontraba una vaca en medio del camino. No le daban miedo ni las salamandras, ni los payasos ni los columpios. No le daba miedo ese tipo de cosas que a veces dan miedo a los niños miedosos. Cuando iban a Rosas, no le daba miedo ni nadar mar adentro hasta las boyas ni agarrar cangrejos y pulpos con las manos. Tampoco lo asustaban los petardos y los cohetes de las fiestas de San Juan.

El fuego era otra cosa. Una noche había habido un incendio en la casa de al lado, en la calle Verdi, y su madre lo había despertado para que bajara a la calle. Se puso los

zapatos sin calcetines y bajó las escaleras en pijama. Pasó mucho miedo y mucho frío, y aquella misma noche vio un *boliche* por primera vez, tras el cristal de la puerta que daba al jardín. Entonces aún no sabía su nombre. Le pareció un gato levantado sobre las patas traseras. Tenía algo de luz dentro del cuerpo, como la cera de una vela encendida. Martín se frotó los ojos y ya no lo volvió a ver. Pensó que debía de ser el gato de algún vecino.

La segunda vez fue una tarde de finales de julio, en casa de su abuela, en Rosas, durante una gripe con fiebre muy alta que le hizo sudar hasta dejar las sábanas empapadas. Hacía poco más de un año que había estallado la guerra. Acababa de despertarse de una pesadilla terrible: una fragata se subía al paseo del pueblo, embarrancaba en la plaza y empezaba a disparar sus cañones contra el pueblo. Abrió los ojos y vio, en la penumbra del atardecer, que algo acababa de trepar hasta el alféizar de la ventana.

Al principio pensó que se trataba de un gato blanco. Se incorporó un poco y se asustó. No era un gato. Parecía un hombrecillo agachado. Tenía los hombros y la cabeza parecidos a los de un gato, pero sin pelo. Era algo transparente, un poco como las medusas, y tenía dos ojos que brillaban como luciérnagas.

Martín pegó un grito. Su madre corrió a ver qué ocurría, pero el *boliche* ya había desaparecido.

—¿Qué pasa, Martín?

—Había algo en la ventana y me estaba mirando.

Su madre miró hacia la ventana.

—Ya no hay nada. Sería un pájaro. Una paloma. O un gato —dijo. Y enseguida le puso una mano en la frente—. Aún tienes fiebre.

Le dio un beso y salió del cuarto. Martín volvió a dormirse. Más tarde, ya de noche, a la luz de la luna, le pareció que el *boliche* volvía a estar allí, con su naricita aplastada contra el cristal, mirando dentro de la habi-

tación. Martín pensó que era cosa de la fiebre, como las pesadillas.

Pocos días después, ya sin fiebre, sus padres lo llevaron a la playa para que tomara el sol. Decían que tomar el sol le sentaría bien para que su cuerpo fabricara vitaminas. Y allí, en la playa, vio dos más. Estaba medio adormilado, concentrado en los colores que veía con los ojos cerrados y cómo cambiaban si apretaba o relajaba los párpados, cuando de repente empezó a oír gritos y un ruido espantoso, como el que haría un mosquito gigante. Abrió los ojos y vio que todo el mundo huía de la playa y buscaba refugio en las primeras casas del pueblo. Con las prisas, la gente abandonaba los zapatos, las cestas, las toallas y las sombrillas. Su madre tiraba de él para que se levantara. Su padre lo tomó al vuelo y se lo llevó en brazos.

—¡Un avión alemán! —gritó su padre. Corrió unos metros más con Martín en brazos. Le costaba tanto avanzar que tuvo que volver a dejarlo en la arena—. ¡Corre!

Entonces el niño vio el avión. Pasó rozando las últimas casas del pueblo e hizo volar las sábanas tendidas en las azoteas. Atravesó toda la playa, se elevó y dio la vuelta para pasar otra vez sobre la playa con su zumbido de mosquito gigante.

—¡Corre, Martín, corre! —chilló su padre.

El niño estaba paralizado por el miedo.

En la playa ya no quedaba nadie. Solo sus padres, él y un perro que ladraba sin parar mientras daba vueltas sobre sí mismo como si se hubiera vuelto loco. El avión se acercaba.

Su padre volvió a subirlo en brazos. Martín estaba tan seguro de que las ametralladoras del avión empezarían a disparar que se hizo pis encima. Su padre se dio cuenta, pero no dijo nada. Martín siempre recordaría que su padre no lo había regañado y que, de ese modo, su vergüenza se había evaporado como una nubecilla de verano. El avión giró y se alejó sobre el mar.

—Yo también me he asustado muchísimo —dijo su padre.

Entonces Martín vio a los *boliches*. Eran tres y asomaban sus cabecitas entre los restos de un castillo de arena.

—¡Papá, mira! —exclamó.

Su padre miró hacia allí, pero no vio nada extraño.

—¿Qué es lo que has visto? —le preguntó.

—Como unos gatos blancos y un poco transparentes. Con la cabeza redonda y pequeña —describió el niño—. También son un poco como las personas.

—Todavía tiene fiebre —dijo su madre.

—¿Como las personas? —preguntó su padre.

—Andan sobre dos patas.

Su madre cerró los ojos y levantó las cejas. Su padre sonrió.

—Ah, bueno —dijo el padre—. Serán *boliches*.

—¿Se llaman *boliches*? ¿Con be?

—Sí. No sé de dónde viene ese nombre, pero se llaman así. Quizá por la cabecita redonda. Como una bolita —dijo su padre.

Martín no volvió a ver *boliches* hasta finales de octubre, cuando ya estaban en Barcelona. Vivían en el barrio de Gracia, en una casita de la calle Verdi con un pequeño jardín que, para él, era como una selva. Era sábado. El día anterior Martín, con sus hermanas y su madre, había ido a despedir a su padre, que se iba a la guerra. Los voluntarios iban en camiones por la Gran Vía y la gente llenaba las aceras y los balcones para verlos pasar. Había un mar de pancartas y banderas rojas, como si la guerra fuese una fiesta. Los camiones iban tan cargados de voluntarios que muchos de ellos habían tenido que sentarse sobre la cabina del conductor, y desde allí saludaban con la gorra, con la boina o con el gorrito de lana, porque cada cual llevaba el sombrero que le parecía. En realidad, lo único con pinta de uniforme eran los pantalones de color tierra y los pañuelos rojos anudados al cuello; pero el padre de Martín llevaba dos: uno rojo y otro verde que le había dado su mujer. Las cazadoras

con las que se abrigaban eran todas distintas. De vez en cuando un soldado reconocía a un familiar entre el gentío y había gritos de despedida, lágrimas, madres que levantaban a un bebé para que su padre lo agarrara en brazos y le diera un beso.

El padre de Martín también subió a su hijo al camión. Cuando Martín vio a su madre desde allí arriba, y tanta gente que aplaudía y sonreía y saludaba, se sintió muy feliz. Le pareció que su padre era un héroe aclamado por toda la ciudad, y que también lo aplaudían a él por ser su hijo. Se emocionó tanto como el día en que, en aquella misma avenida, el Rey Mago Baltasar lo invitó a subir a su carroza.

Martín se quedó con esa alegría y con el orgullo de tener un héroe por padre hasta que, por la tarde, oyó a su madre hablando en voz baja con unas amigas. No entendía muy bien de qué hablaban, pero oía que, de vez en cuando, una de ellas rompía a llorar y las otras la consolaban. Eso lo entristeció.

Comprendió que les angustiaba tener a sus maridos tan lejos, arriesgando la vida, comiendo mal, pasando frío y durmiendo poco.

Mientras tanto, sus hermanas jugaban en su habitación. Habían hecho unos muñecos con lana y cartón, y representaban una obra de títeres. El escenario era el respaldo de una silla, y un trapo de cocina hacía de telón. Martín se quiso sumar al juego, pero lo echaron.

—Tú no sabes —le dijeron.

Volvió a su habitación, y como no soportaba ni la risa tonta de sus hermanas ni los llantos que le llegaban desde el salón, salió al jardín. Era la hora en que, a la luz mortecina que llegaba desde algunas ventanas lejanas, el jardín se convertía en una selva misteriosa. Los colores habían desaparecido y las hojas de los acantos parecían lenguas enormes de animales prehistóricos. Las plantas trepadoras que se retorcían entre los barrotes de la verja eran como serpientes dormidas. En una especie de reto perso-

nal, Martín cruzó el jardín hasta la higuera, que de noche tenía algo de monstruo con tentáculos, y el miedo le hizo pensar que el ruido de sus pasos sobre la grava era de otra persona. ¿O eran los *boliches*?

Los vio de repente, escondidos entre los bambúes. Allí estaban, con sus ojos iluminados. Unas sombras se deslizaban entre las plantas. No los pudo ver con la claridad suficiente como para saber cuántos eran ni para describirlos al detalle, pero le pareció que tenían las piernas finas y los pies grandes. Se asustó y se puso a correr sin mirar atrás para volver a su habitación. Después, con la nariz pegada en el cristal de la ventana, intentó volver a verlos, pero ya no estaban. Estuvo mucho rato mirando, hasta que su madre le preguntó, sin abrir la puerta, si ya había hecho los deberes. Recordó que le faltaban unos ejercicios de francés y se puso a hacerlos. Pero de vez en cuando no podía evitarlo: se levantaba a ver si volvía a descubrirlos escondidos entre los bambúes.

Le llegaban, de lejos, el susurro de la conversación de su madre con sus amigas, las vocecitas de títere que hacían sus hermanas y el tictac del reloj de péndulo del recibidor. Estaba angustiado. Pensaba en su padre. Había oído hablar de las trincheras, del barro y de los heridos. De cómo silbaban las balas. Del ruido de los tanques. Del rugido de los aviones. Tenía ganas de salir de la habitación y buscar la protección de su madre. Le confesaría que tenía miedo. Pero no lo hizo. Ahora su madre no podía estar por él. Estaba triste. Y una de aquellas mujeres volvía a llorar.

Entonces tuvo la misma sensación fría que lo envolvía a veces, cuando recorría el pasillo a oscuras. Le pareció que la lámpara de su habitación daba menos luz. Tenía miedo y no sabía exactamente de qué. Tenía miedo desde el día en que empezaron a sonar las alarmas en Barcelona. Martín estaba en la escuela y la señorita Carmen pidió a los niños que se metieran debajo de las mesas. Casi todos,

animados por la maestra, empezaron a cantar *El patio de mi casa es particular* mientras el suelo temblaba y todos los perros del barrio se ponían a ladrar.

Siempre que sonaban las alarmas se refugiaban debajo de las mesas, ya que cerca de la escuela no había ningún refugio. Martín era incapaz de cantar porque estaba aterrorizado. Temblaba y cerraba los puños con tanta fuerza que las uñas se le clavaban en la palma de la mano. Pensaba que una bomba caería sobre la escuela y que todos se quedarían allí, debajo de las mesas, enterrados para siempre. Tampoco entonces era capaz de decírselo a nadie, de confesárselo a la señorita, de decir «Tengo miedo» o de ponerse a llorar. Se lo guardaba todo para sí mismo.

A veces la señorita le decía que no era bueno quedárselo dentro.

—Si tienes miedo, Martín, debes decirlo. No tienes de qué avergonzarte. Es mejor que lo expliques y lo compartas.

Sin embargo, lo único que conseguía la señorita era que Martín se esforzara en cantar *El patio de mi casa es particular* y en fingir que no tenía nada de miedo.

